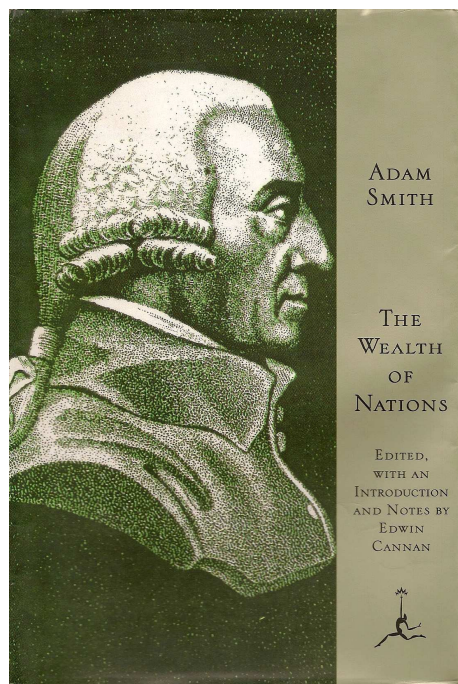


LA ECONOMÍA Y LOS ECONOMISTAS EN TIEMPOS DIFÍCILES. DESDE ESE 9 DE MARZO DE 1776 HASTA NUESTROS DÍAS.

Si hay una referencia en la economía, y entre los economistas, de unánime aceptación es la *Riqueza de las Naciones*, en realidad una Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la misma, con ella Adam Smith, aquel libre pensador de buenos sentimientos de la ilustración inglesa que antecedió a este trabajo con su Teoría de los Sentimientos Morales, se erige no solo como un hombre de la economía sino como un hombre universal, y como no, está David Hume, íntimos amigos, muerto aquel 25 de agosto del mismo año de publicación de la Riqueza de las Naciones, que forma ese tándem de humanidad, tolerancia.



David Hume por su parte ayudó a Immanuel Kant, como este último reconoce en más de una ocasión, a apearse del absolutismo científico y con ello reforzó las bases de la ciencia como un producto humano, falible, mejorable siempre, con un toque de necesaria humildad, y no por ello menos plausible, menos ciencia. Las ciencias físicas y sus avances del siglo veinte también han venido a ubicar las cosas en esas geografías de incertidumbre, cambios y revisiones cotidianas, y aquí las disciplinas denominadas del campo social, entre las que se encuentra la economía, hemos encontrado nuestro sitio bajo el sol del saber, del querer saber, para mejor hacer.

A partir de esas referencias cabe preguntarse qué sabemos los economistas, qué podemos aportar a la sociedad en la que vivimos, y en los tiempos en los que nos toca vivir, qué nos creemos de nuestras propias posibilidades técnicas, hasta donde llegamos, tanto con nuestro oficio, como con nuestras reflexiones y postulados. Con estas limitaciones y planteamientos utilizando de forma tradicional en nuestros esquemas y cajas de herramientas, y siguiendo este hilo conductor, permítasenos postular las siguientes premisas de partida.

Primera: la economía al igual que las sociedades, cuando son desarrolladas, democráticas, las hacen en última instancia las personas, los individuos con sus decisiones de elección, tanto básicas como cotidianas y no un policy maker, que desde la planificación, central o indicativa, impone sus criterios y decisiones, por loables y bien intencionados que sean, a los demás.

Segunda: la primera aseveración no es absoluta, en el sentido de que los mercados son un complejo mundo de fuerzas, actuaciones y presencias, donde el individuo personal convive con el individuo social cuando no institucional y público, por lo tanto, respetando la primera premisa, no estamos ante automatismos absolutos de fuerzas, ocultas o no, propias de una ajenidad total al uso de los arquetipos de la tragedia griega, o de los abusos de la interpretación de la *invisible hand smithiana*.

Tercera: la suma de la primera y segunda premisa produce un mundo ambivalente, entre la racionalidad y la incertidumbre, que identifica situaciones, diagnósticos, y también pronósticos y prescripciones de orden objetivable, propios y derivados de la aplicación particular, específica, de la profesión de economista.

De hecho la economía, también como el resto de las ciencias, se mueve a hombros de gigantes, tanto en sus inicios, como se señalaba en el caso de Adam Smith, como a lo largo de toda su historia, la lista de premios nobeles puede ser un buen botón de muestra, también otros muchos, que bien por ser anteriores, recordemos que para la economía se dan a partir de 1970, bien por siendo de enorme valor no están en esa lista, aquí cabría incluir a más de un economista español.

Sin embargo cuando las economías se encuentran en encrucijadas difíciles, como es el caso actual de la española, hay que arrumar las dudas, por razonables que sean, y diseñar modelos claros y contundentes, solo ante soluciones directas y fáciles de transmitir, es posible hacer que los agentes económicos actúen en la dirección necesaria, y esto se aplica tanto para los consumidores, como para quien invierte o para los operadores públicos y parapúblicos.

Leopoldo Pons.
Decano.